

ANTES DEL MOMENTO

Carlos Malato

ANTES DEL MOMENTO

CAPÍTULO I

Un gobierno flotante, pronto a todas las vilezas, a todas las concesiones antidemocráticas; una masa inconsciente cansada de la política y no esperando sino un nombre para aclamarle y un hombre para divinizarlo; sólo en los centros obreros alguna vibración, a los lejos -¿es esto a lo lejos siquiera?- la guerra que se prepara; a la derecha una restauración orleanista, a la izquierda la revolución; tal es, en los momentos actuales, la situación.¹

El monstruoso desbordamiento de todas las pasiones saludó en 1795 el advenimiento político de la burguesía. Los últimos momentos de la Convención cediendo el puesto al Directorio fueron ahogados por el rumor de la orgía inmensa: París se divertía. Y mientras los proveedores, acaparadores, agiotistas, oficiales afortunados, burócratas, ladrones e intrigantes de toda especie tomaban incremento, nacía el proletariado.

Esto ha durado noventa y dos años, ni uno más; se va aprisa en nuestros tiempos.

El proletariado, creciendo en el sudor de las prisiones capitalistas, sostuvo cien escaramuzas y tres batallas, todas tres perdidas.

En la actualidad, la burguesía, victoriosa, pero cansada, anémica, toca a su fin como clase directora; cada día la acerca más a la agonía final.

Los partidos republicanos burgueses están condenados a desaparecer, o, lo que es igual, a echarse en brazos de los conservadores, es decir, de los monarquistas.

Los oportunistas están gastados, desacreditados por sus latrocinios y sus traiciones.

Los raciales son incapaces de aplicarse una reforma, cualquiera que ésta sea. Para llevar a efecto actos que no serían sino simples paliativos, separación de la Iglesia y el Estado, supresión del Senado, abolición de los monopolios, se verían obligados a emplear medidas ultraparlamentarias, es decir, a hacerse revolucionarios.

Los intransigentes que, hasta estos últimos tiempos, eran la transición entre los radicales y los revolucionarios, no existen ya como partido distinto. Enrique Rochefort, el más avanzado de los republicanos burgueses, se ha pasado con su ejército a Déroulède y Boulanger. Obrando de tal modo, ha dado un golpe terrible a la emancipación proletaria.

Poco cuidadoso de encontrarse en mitad de las peripecias del 71, el hidalgo demócrata, el incomparable articulista, ha cortado la cuerda que le unía al socialismo. Ya, para ponerse

* Traducción: Rosendo Diéguez. Digitalización: KCL.

¹ Téngase presente que el autor de este libro es francés, y habla, naturalmente, de su país.

indudablemente al abrigo, en caso de eventualidad, de ciertos rencores, se une al partido blanquista, el mejor organizado si no el más numeroso de los partidos revolucionarios; pero su seguridad no le ha parecido bastante garantida, sobre todo desde que pudo comprobar que sus aliados iban en baja, y ha pensado pura y sencillamente en escamotear la revolución.

Nunca ese desfalleciente había hecho tanto daño al socialismo.

En efecto, ante el oportunismo y la reacción monárquica, no quedaba más alternativa que la Revolución, que hubiera triunfado; los agrupamientos socialistas hubieran dado el impulso, la masa del pueblo habría seguido; y he aquí que esta masa, inconsciente aún, es por él entregada al general Boulanger, es decir, al partido de la dictadura militar, encubierto con un velo de republicanismo nacionalista: – ¿Monk o Cavaignac? Nadie lo sabe: pero ¿quién se atrevería a decir Washington?

Por el momento, la situación se bosqueja, la sombra se disipa, los personajes ocupan su puesto, las siluetas se tornan figuras.

Por difícil que parezca obtener esto de un partido tan heterogéneo como el nuestro, dividido no sólo en cuanto a los medios sino respecto al fin, la concentración o, si se prefiere, la coalición de todos los socialistas, es cosa que se impone.

En la actualidad nos hallamos divididos en: Posibilistas, Marxistas, Blanquistas, Anarquistas, Independientes.

Aun cuando este escrito se dirige sobre todo a los militantes, nos parece será útil, para los que estén poco al corriente de estas denominaciones, decir en breves palabras a qué corresponde cada una de ellas.

Los posibilistas, en número de unos cuarenta y cinco mil, en París solamente, forman la *Federación de los trabajadores socialistas de Francia, el partido obrero*, regimentado bajo la dirección del *Comité nacional*.

Los marxistas, infinitamente menos numerosos, tienen una organización similar y, en el fondo, las mismas doctrinas, con más fuertes tendencias internacionalistas. Forman a su vez un partido obrero, dirigido por la *Aglomeración parisiense*. Envidias de jefes crearon y mantuvieron esta división.

Los blanquistas, poco teóricos, pero hombres de acción, antiguos discípulos de Blanqui, han agrupado en torno de ellos subórdenes fieles. Sus comités revolucionarios de distrito, mantenidos bajo la dependencia del comité revolucionario central, están bastante sólidamente ligados entre sí. Hoy han unido a sus filas la pequeña fracción marxista.

Los anarquistas, partidarios de la lucha individual, la única posible hasta aquí, entran en los grupos para hacer en ellos propaganda y los dejan en seguida para mejor conservar su autonomía. Poco numerosos al principio, muy confundidos por otra parte, y, en razón de su desconfianza de toda organización, solidarizando mal sus esfuerzos, gracias a su espíritu de iniciativa, han hecho no obstante mucho por la difusión de sus ideas.

Los blanquistas tratan de democratizar la república burguesa; los posibilistas y marxistas quieren el advenimiento del cuarto Estado; los anarquistas proclaman la abolición de todo Estado y la soberanía del individuo.

Los independientes no forman una escuela, sino, por el contrario, un agrupamiento de socialistas cada uno con sus teorías y sus preferencias por tal o cual sistema, pero decididos a ir de acuerdo en el combate y a no someterse a nadie.

En todas estas fracciones, que, menester es dejarlo sentado, responden a diferentes temperamentos, hay elementos buenos y malos.

Olvidar a un lado los malos elementos, sacar de la situación, no todo lo que quisiéramos, sino todo lo que pueda sernos dado, azuzar a los que andan lentamente, apaciguar a las que carecen de paciencia, hacer andar a los ciegos con cuidado, reunir en agrupaciones los diversos bandos sin despojarlos de su autonomía para dar a la revolución que, a pesar de todos los cálculos, estallará tal vez de improviso, toda su fuerza, obstruir el camino a los reaccionarios burgueses y a ese elemento inconsciente por desgracia llamado muchedumbre; tal es, en mi concepto, la táctica indicada por las circunstancias mismas a los verdaderos revolucionarios socialistas.

Hablando claramente, no será esto la unión de las teorías, que es imposible.

¿Se puede, en efecto, pensar en unir el agua y el fuego, a los que quieren el advenimiento de un cuarto estado y los que proclaman la supresión de todo Estado, a los que preconizan la dictadura y los que predicán la dictadura individual?

Será al menos la coalición de intereses, coalición necesaria para evitar el pelotón ejecutor que nos reserva la burguesía y llegar a la revolución.

Una vez en ésta, y domada la burguesía, cada partido usará de su independencia; será la lucha de ideas encarnada en los hombres, lucha fatal, ineludible, pero fecunda.

Probable es que la revolución, después de saltar hasta la ANARQUÍA, unida luego a una dictadura revolucionaria, retroceda hasta el posibilismo, sin perjuicio de llevar a cabo, por otra parte, durante un período de evolución, la tarea propuesta.

Sea como quiera, el tiempo apremia y las circunstancias amenazan; es hora de no discutir mirándose el ombligo.

La Revolución es lo imprevisto; ¿quién sabe sí dentro de un mes, dentro de ocho días, mañana mismo, no surgirá? ¡Y desgraciados de aquellos a quienes coja desarmados!

Los personajes están ya en escena: Felipe III, Rouvier, -Ferry y Mackau detrás de Rouvier-, Boulanger.

El telón no puede tardar en alzarse.

Se nos ha repetido hasta la saciedad la famosa frase: «Las revoluciones no se improvisan»; verdad discutible para el que conoce la historia de las Vísperas Sicilianas, de la revolución Suiza, de la revolución portuguesa y de las revoluciones mazzinianas (no quiero remontarme hasta Thrasíbulos).

Una revolución se puede hacer hasta encargo, a condición de que todos los elementos estén prontos.

Ahora bien, en la actualidad tenemos a mano más de los que hacen falta para poner fuego a las mechas.

Tenemos:

El egoísmo satisfecho con Grévy; -después de él, el diluvio.

La traición con Ferry.

La venalidad con Rouvier.

La vileza con el parlamento.

La restauración con Felipe VII.

La dictadura con Boulanger.

Tenemos, en suma, lo suficiente para hacernos fusilar mil y mil veces, socialistas hermanos míos, salvo Rochefort, que se echa fuera de la cuestión en caso de dictadura boulangista; pero Rochefort no pertenece al socialismo.

Nada ganaremos con la restauración o con la dictadura. En caso de restauración, la monarquía burguesa nos pega a la pared; en caso de dictadura, el bravo general Boulanger, en señal de gozoso advenimiento, nos entrega a la burguesía; porque habrá de dar la propina.

¿Qué preservativo, qué remedio, puede haber para esta situación?

No hay más que uno: la Revolución.

El aplastamiento de la burguesía orleanista, el aplastamiento del clero.

Ahora que hemos echado una ojeada sobre la situación en que se nos ha colocado, digamos - nada perdemos haciéndolo públicamente, ante el enemigo- digamos de qué armas disponemos.

CAPÍTULO II

La caída de la Comuna y la represión versallesa contribuyeron singularmente a propagar el verbo socialista; los desterrados hicieron prosélitos en el mundo entero. Herida mortalmente, antes de expirar, dejó escapar por vez postrera el grito: «¡Trabajadores de todos los países, únense!»

En efecto, y es esta una cuestión de vida o muerte, la próxima revolución debe ser no nacional, no francesa, sino universal.

Aun haciendo caso omiso del principio humanitario y no considerando las cosas sino desde un punto de vista egoísta, ¿cómo creer que el feudalismo alemán, la oligarquía inglesa, la vetustez austriaca, el obscurantismo español, la politiquería italiana, dejarán que se cumpla una revolución tan considerable como la de 1789?

Llegando hasta suponer que seamos o respetados o vencedores, pero sin habernos aprovechado hasta el fin de la victoria, ¿cómo figurarse que una Francia socialista y libertaria podrá vivir su vida orgánica en una Europa capitalista y autoritaria?

Será menester, pues, y podemos contar con que se hará esto, será menester que el movimiento revolucionario, que partirá seguramente de una de esas tres grandes ciudades que se llaman París, Berlín y Londres, se comunique inmediatamente a todas las demás poblaciones grandes y pequeñas.

Era Londres, el pueblo mísero y leal, obedecerá tal vez más a los retortijones de su vientre que a la voz de su conciencia.

Sin embargo, con el impulso que le comunicarán los numerosos revolucionarios extranjeros, y la energía que, por otra parte, desplegarán los holgachones irlandeses, el movimiento será terrible, bastante poderoso, según todas las probabilidades, para derrumbar la máquina gubernamental.

En Alemania, el partido socialista, que domina, está demasiado manchado por el parlamentarismo, los revolucionarios están demasiado vigilados para poder agruparse de manera que les sea posible obrar eficazmente.

Sin embargo, si hombres de iniciativa se presentaran, y se presentarán, hay grandes probabilidades de que la masa les siga. En todo caso, son de prever muchas sorpresas.

Sin ocuparnos particularmente de la Rusia, en donde los revolucionarios, muy enérgicos, aún no tienen bastantes raíces en el pueblo, ni de Austria, en donde los anarquistas causarán muchos embarazos al gobierno, pasemos a España y a Italia que, estando a nuestros flancos, ejercerán gran influencia en el resultado de la lucha.

En estos últimos países, en los cuales industria está relativamente atrasada, el movimiento tiene de notable que se anuncia como principalmente agrícola.

Comunistas en el fondo, los proletarios de Italia y de España, que, hasta la fecha, no han podido hacer comunes sino sus miserias, harán comunes muy pronto sus cóleras y sus venganzas.

El aldeano italiano, a quien matan el hambre y los malos alimentos, con su irrisorio salario de 75 céntimos diarios, quiere por fin ser dueño del suelo que riega con su sudor.

Junto al partido obrero, fuertemente organizado en Milán, los anarquistas cuentan agrupamientos en los campos de la Lombardía y de la Calabria, en Génova, en Mantua, en Farli, en Reggio.

Lo suficiente, si no para vencer por sí solos, al menos para paralizar al gobierno italiano en caso de conflagración general.

Los revolucionarios españoles, en número de unos 45.000 militantes, es decir, más que contaran nunca los ejércitos de don Carlos, se hallan en situación de aplastar para siempre en la península el orden monárquico, clerical y burgués si, adaptándose a las necesidades tácticas, consienten en federar sus esfuerzos en lugar de aislarse en una celosa autonomía.

En Bélgica, donde, desde hace un año, los infelices proletarios han mostrado en bastantes motines un valor notable, habrá luchas encarnizadas. Sin embargo, a causa de la inconsciencia de la masa, cuya educación se ha de hacer por completo, el verdadero movimiento partirá de otra parte, de Francia o de Alemania; no habrá en Bélgica más que anticipaciones y repercusiones.

En resumidas cuentas, tenemos en el exterior muchos más aliados que podían contar los revolucionarios de 1792 cuando, bajo los pliegues de la bandera republicana, iban a llevar los Derechos del Hombre a los pueblos de Bélgica, de Holanda, de Alemania y de Italia.

«La revolución social -dicen muchos teóricos- no estallará sino en el terreno económico, cuando, por una parte, el pueblo se haya tornado consciente y, por otro lado, las exigencias siempre crecientes del capital le hayan reducido al último extremo». Lo que tardará aún algunos años.

No lo creo así.

Un pueblo -como un hombre- medio muerto de hambre, no es consciente: todo le parece preferible a la situación que soporta.

Si la opresión capitalista, siguiendo una continua progresión, debe engendrar una miseria creciente, esta miseria engendrará a su vez la ignorancia y la desmoralización: se tendrán rebeldes feroces, pero poco ilustrados, prontos a sacrificar su libertad por un pedazo de pan.

Es preferible obrar antes de llegar a eso.

Las revoluciones, por otra parte, siempre han sido, si no hechas, conducidas, al menos, por minorías.

«Apresurémonos, antes que se cuente», decía Chabot.

Además, ¿no hay que calcular las complicaciones exteriores que pueden precipitar el parto?

Bajo el pretexto de que la crisis económica no ha llegado a su paroxismo y de que la masa no es consciente, rehusar la batalla cuando se presentara con todas las probabilidades en nuestro favor sería a la vez un crimen y una falta.

Cuando la masa esté educada y sea consciente, hará, no la revolución social, que habrá sido hecha antes, sino la revolución filosófica, que la conducirá a la ANARQUÍA pura, supremo ideal de la Humanidad libre.

Pero de aquí a entonces habrá tenido lugar el grande empujón comunista, que trastornará el viejo mundo y que, según los medios, los climas, las localidades, revestirá mil formas distintas, aquí comunismo libertario, comunismo de Estado, allí, comunismo mitigado, república progresista, colectivismo anarquista, en otra parte.

No somos dueños de los acontecimientos, que dependen de mil y mil factores; pero podemos pensar en aprovecharnos de ellos, en atenuarlos o engrosarlos, en modificarlos, en desviarlos.

Verdad es que sí, libres de todo temor de complicaciones políticas, tuviéramos un crédito de algunos años, la propaganda ganaría en ello; la idea socialista sería más difundida, mejor comprendida; el partido revolucionario se tornaría más homogéneo; los ambiciosos, cansados de esperar, evolucionarían hacia la burguesía, desembarazándonos de sus personas; las disputas entre escuelas diferentes perderían su acritud, se tornarían simples discusiones.

Después de todo, tal vez no haya tanto que deplorar en esa división de las fuerzas socialistas, correspondientes, lo repito, a temperamentos distintos. Tal vez se gane algo con ella como revisión y emulación.

Si todos tuvieran el corazón bastante grande para sacrificar al interés de la causa los miserables rencores personales, nada sería tan sencillo como el ver adelantarse el grueso del ejército agrupado y disciplinado, precedido de los independientes, a los que se sienten suficientemente fuertes para derrotar a sus jefes.

Lo sólo que haría falta es que los moderados no dispararan por la espalda contra la vanguardia y que ésta no se volviera para disparar contra ellos.

CAPÍTULO III

Tonto fuera creer que la revolución será el privilegio de una secta especial. De todas las teorías emitidas, se formará una especie de resultante.

La ANARQUÍA, la más hermosa y más justa de las concepciones sociales, que será el fin de la evolución humana en el siglo XX, aún está obscura y mal definida. Para que el individuo sea enteramente libre, sin ser obstáculo a la libertad general, es menester que la educación moral y filosófica de todos haya concluido.

Por otra parte, el comunismo autoritario, que quisiera hacer marchar a los hombres militarmente, a la *prusiana*, encontrará un obstáculo insuperable en el genio francés y el temperamento latino, enamorado del movimiento y de la libertad.

No se tendrá, pues, según todas las probabilidades, más que un sistema transitorio, prefacio de la ANARQUÍA pura, un comunismo comunalista federativo.

Sea como quiera, el deber de los verdaderos revolucionarios es aceptar la lucha en las condiciones en que se presente y obrar del mejor modo que lo permitan las circunstancias.

Si una dictadura se proclama, si una restauración se produce, ¿qué debemos hacer?

Levantar inmediatamente al pueblo, no para conservar la república burguesa actual, sino para proclamar la república social, basada en la autonomía y la federación de las comunas y la inmediata socialización de las fuerzas productivas, tierras, minas y máquinas.

Dos explicaciones antes de proseguir:

El pueblo, que conserva a menudo la intuición, en medio de sus extravíos, está por la palabra *República*.

Y tiene razón, porque república implica en el más alto punto la idea de comunismo y solidaridad, *res pública*, la *cosa pública*, es decir, comuna, económica y políticamente.

En vano los gobernantes desacreditan esta palabra; no por eso deja de expresar la base de toda organización libertaria e igualitaria: un comunista-anarquista es un republicano.

Por *Comuna* entendemos, no una comuna parlamentaria, por el estilo de la de 1791, no un gobierno más o menos jacobino, sino una federación de ciudadanos libremente agrupados.

No es un comité nacional o central a lo que queremos obedecer, comité que, por otra parte, no tendría nada de más urgente que castrarse en la legalidad apelando al sufragio universal.

Grupos revolucionarios, cámaras sindicales, círculos de estudios sociales; a ustedes incumbirá el apoderarse del gobierno y no soportar más autoridad que la suya.

Sí, para aplastar la burguesía, contener a los inconscientes y luchar contra los déspotas extranjeros que lancen sus ejércitos en el asalto de la social, una dictadura es necesaria, esta dictadura no podrá ser otra que la del partido revolucionario.

Fuera insensato dar de antemano un programa definido de lo que será la Revolución; todo lo que se puede hacer es determinar sus grandes rasgos.

Hace algún tiempo un antiguo general de la Comuna, declarando sin ambages que él era el *solo* en apreciar desde el punto de vista militar la situación... venidera, daba en once párrafos, ni uno más ni menos, la manera de hacer la revolución.

Si no atacamos a los taumaturgos, ordinariamente bravos y gente de buena fe, no es ciertamente por antipatía personal, sino más bien porque los consideramos peligrosos. La victoria no nos será traída de una vez por un hombre providencial; la táctica no podrá ser establecida sino cuando la situación se haya dibujado. Todo lo que se puede hacer en tanto, es prepararse armas y soldados, sobre todo soldados conscientes.

Según las localidades, las armas y el material, la lucha habrá de ser individual o colectiva. Exigirá aquí la cohesión, la organización, allí la autonomía absoluta del combatiente. Hay personas que, antes que ceder en un punto de principio, se dejarían azotar mil y mil veces; no se les ha de escuchar.

Será menester desconfiar principalmente de los amantes del galón, ansiosos de generalatos, que, incapaces de innovar, de improvisar sea lo que sea, pretenderán hacer la guerra clásica sin saber ni una palabra acerca del asunto.

Un folleto editado en Londres, el *Indicador anarquista*, vulgariza la fabricación en casa y a precios reducidos de elementos temibles, dinamita, nitroglicerina, etc.

Esta vulgarización está muy lejos de ser cosa inútil; sin embargo, necesario es reconocer que no puede servir sino para asegurar la defensa de un edificio o al menos la una serie de habitaciones contra un enemigo desprovisto de artillería; la falta de instrumentos de balística a propósito para enviar los explosivos a cierta distancia, impediría servirse de ellos para la guerra ofensiva, la guerra revolucionaria por excelencia.

Es posible, sin ser un hechicero, prever que, a consecuencia de las constantes innovaciones militares que hacen las masas demasiado invulnerables, el orden de batalla se tornará cada vez más disperso; la unidad táctica será el grupo, que variará de veinticinco a cincuenta hombres.

Muchos revolucionarios demasiado celosos no hablan sino de destruirlo todo, de acabar con las máquinas, con los talleres.

Es más que singular que no se percaten de que, cortando los víveres a la revolución, verían en seguida volverse contra ellos el pueblo, furioso por haberse batido para llegar a morir de hambre. Las fuerzas productivas, cuya socialización emancipará a los trabajadores, no deben ser destruidas sino en caso de derrota, a fin de impedir que el enemigo se aproveche de la victoria.

Organizar, según el modo más libertario, la producción y la circulación de la riqueza social durante la lucha, es una cuestión que se impone.

Una vez obtenida la victoria, la emancipación conseguida y también, lo que exigirá muchos años, la educación del pueblo encaminada en el sentido de sus verdaderos intereses, estos problemas, que parecen hoy tan complejos -salvo para los que nada quieren estudiar- serán resueltos sencillamente, por la costumbre que cada cual habrá tomado de dar cierta suma de trabajo y de no consumir más del que le permitan sus necesidades.

No es mostrando a la masa únicamente ruinas y sangre como se le conquistará para la causa de la revolución, sino haciéndola palpar el bienestar que le espera, explicándole qué derechos, qué intereses tiene que hacer valer, dándole la consigna que, en suma, pertenece hoy a todas las escuelas comunistas: *Socialización de las fuerzas productivas*.

Tenemos el deber de entregarnos entre nosotros a una crítica imparcial, pero despiadada; para deshacerse de sus defectos, es menester conocerles.

Los que halagan al pueblo sin tratar de ilustrarle, los que le cantan falsos romances, le embriagan con leyendas, le hablan de Bruto y de Aristogitón, de historia griega o romana, en lugar de explicarle la filosofía social, o son hipócritas o miserables.

¿Qué te importa, compañero albañil, aprendiz de cualquier oficio, corredor de comercio, esclavo de la mina, que en el año 460 antes de la era Cristiana Cincinato volviera a su arado, o que en el transcurso de la 65ª olimpiada Harmodio sepultara su puñal en el corazón de Hiparco?

Esos charlatanes no hablan tu lengua.

Si necesitas a toda costa un guía, un consejo, arrímate al que ha vivido tu vida, compartido tus labores, tus angustias y tus esperanzas. Pero, si eres un hombre viril, no escuches a nadie, ni aun a los mejores, no vayas detrás de nadie, ni aun del más puro; obra por ti mismo, como hombre, no consultes sino a tu conciencia.

No imites a los imprudentes que parten a la aventura, locos que se embarcan sin brújula, siguiendo a los fantasmas del 48, a los aparecidos del 71, a los románticos y gentes de tradición que no saben innovar, veteranos que cumplieran como debieran en otro tiempo, pero te perderían si los escucharas.

Hay personas de buena fe que creen en las leyendas, que se figuran que la Conversión, ese rebaño de viles aterrorizados por algunos hombres enérgicos, fue una asamblea de gigantes.

Hay revolucionarios que preconizan un Comité de salvación pública, olvidando que el antiguo, el del 94, condenó a Jacobo Roux, asesinó a Cloatz, a Chaumette y a Dantón, reprimió el socialismo, acaparó la dictadura y quebrantó la revolución; que el último, el del 71, espectro vivo en un recuerdo, no hizo más que proclamaciones vibrantes y retiradas de orden dudoso.

No resucitemos lo pasado: lo que murió, murió; no hay que helarse con el beso de los difuntos.

Precisemos el objeto, las causas de la revolución que viene, determinemos sus grandes líneas; lo demás -las cuestiones de detalle- no puede ser precisado de antemano.

Cierto que habrá gran desorden -¿qué tortilla se hace sin romper huevos?- desalientos, injusticias, vilezas.

Pero, después de todo esto, viene la victoria.

Venceremos porque si, como decía Blanqui, al cabo de veinticinco horas el pueblo ha saboreado los frutos de la revolución, se hará su defensor encarnizado.

Venceremos porque esta revolución, que responde a las más imperiosas necesidades de la humanidad, la de vivir y la de ser libre, cuenta con soldados en todos los países del mundo.

Venceremos, sin o pesar de los generales improvisados, malos remedos de Marceau, porque los descubrimientos científicos trastornan el arte militar hasta que llega la hora de destruirle: un grupo provisto de melinita vale tanto como un regimiento, un químico vale diez generales.

Venceremos porque, degenerada, apoltronada, la burguesía es tan incapaz de resistir al empuje de los desheredados como los romanos de la decadencia lo fueran de oponerse a la invasión de los bárbaros. El bajo imperio latino desaparecía con los Mesalinas y los Heliogábalos, la burguesía acaba con los Grille-d'Egout y los Rouvier.

LAS CIVILIZACIONES PASADAS

CAPÍTULO I

El movimiento es la ley -o si, por dogmático en extremo, repugna el término éste- la universal manera de ser de las cosas.

Nuestros conocimientos acerca de la naturaleza de las fuerzas y sobre la de la substancia, sin duda única, que constituye los cuerpos, son sumamente vagos todavía; pero la observación nos ha demostrado que la inmovilidad absoluta no existe, ni en el mundo moral ni en el mundo físico.

Si esta inmovilidad hubiera existido, nunca nuestro globo, con su estructura y sus habilidades actuales, se habría desprendido de la masa cósmica que, hace algunos miles de millones de siglos, flotaba como una impalpable niebla en el espacio infinito; nunca nuestra humanidad habría llegado a constituirse en el curso de una incesante evolución cuyas huellas materiales se encuentran todavía en las capas de los terrenos prehistóricos y en las transformaciones mismas del feto durante los nueve meses de su vida intrauterina.

Progreso o retroceso -tan pronto lo uno como lo otro-; pero movimiento; los mundos siderales se mueven, también se mueven el hombre y la sociedad.

CAPÍTULO II

Si, dejando momentáneamente a un lado los fenómenos del mundo cósmico para ocuparnos de los del mundo social, analizamos las tendencias que actualmente arrastran la humanidad a una nueva transformación, podemos reconocer que estas tendencias responden a dos categorías diferentes de necesidades: necesidades materiales y necesidades intelectuales.

Asegurarse el pan del día, al de mañana y, con el pan, el vestido, el hogar, lo que, en fin, constituye la vida primordial; tal es forzosamente la constante preocupación de los más míseros, parias mantenidos por diversas causas fuera del trabajo regular.

Aumentar su bienestar; tal es el objetivo de los que han conquistado por su entrada en el ejército industrial o su admisión en la pequeña burguesía lo estrictamente preciso para subsistir.

Y estas dos categorías, miserables e insatisfechos, no cuentan sino hombres acostumbrados desde su nacimiento a las privaciones, a la servidumbre. Engloban y más cada vez, por el movimiento mismo de las cosas, personas que, por la cultura intelectual o la posición, han pertenecido al mundo burgués y que, víctimas de la ruina, resultante, sobre todo en nuestro orden social, de la áspera competencia en la lucha por la fortuna y la vida, precipitadas en las filas del proletariado, experimentar más vivamente que otras la pérdida de una independencia y bienestar.

Esta categoría, la categoría de los que se encuentran fuera de su clase, suele ser la más terrible al obrar. Rebelión altiva en los unos, sed de hartarse de los goces en los otros, da un rudo contingente al eterno partido de la rebeldía. Llevó a la Convención a Saint-Gust y a algunos otros regicidas, y en nuestros días ha encarnado con fuerza destructora y gran claridad de ideas en Emilio Henry.

Esta necesidad, más afinada en los unos, más impetuosa en los otros, pero irresistible en todos, es un factor de transformación tanto más serio cuanto que se agrega a los efectos de una evolución económica constante, creada por el juego de los capitales y el perfeccionamiento de los útiles industriales y agrícolas.

Que una grande crisis -guerra, huelga o «krach» financiero- siembre la perturbación en la sociedad y obstruya el complicado mecanismo del Estado, y en seguida, bajo el imperio de necesidades incomprensibles, porque de su satisfacción depende la vida misma de los individuos, todo un nuevo organismo económico tenderá a formarse.

Mas, justo a esta clase de necesidades, que dominan sobre todo en la vida animal, hay otras de orden distinto.

El hombre no está sólo provisto de un estómago, posee también otro órgano, el cerebro, cuyo papel y poderío no han cesado de crecer desde la época en que nuestra especie se desprendió de sus abruptos precursores.

A la vez que la historia y la prehistoria nos muestran el progreso general de las ideas y de las ciencias, no obstante los eclipses y los choques en retrocesos momentáneos, la antropología comparada nos prueba que el cráneo humano, y con él el cerebro que le sirve de caja, se ha desarrollado sensiblemente no sólo desde la edad de la piedra bruta, sino aun desde hace treinta siglos, período relativamente corto.

A pesar de las innegables diferencias que las razas humanas presentan en su tipo físico, esas razas que desde su origen han chocado unas con otras, se han mezclado, se han superpuesto, se han arrojado mutuamente de sus dominios, reemplazando, como ocurriera principalmente en el Alto Egipto y en la América del Sur, un tipo grosero por un tipo ya más perfeccionado, está permitido afirmar que, de un modo general, el prognatismo ha disminuido, que el aspecto simiesco, fácil de reconocer en los cráneos fósiles de Cro-Magnon, de Torbes-Quarry, de Neanderthal y de Eguisheim, se ha ido borrando progresivamente y continúa borrándose más cada vez.

Hasta se ha comprobado en el día de hoy que el número de dientes tiende a disminuir en las razas más desarrolladas, lo que trae el ensanchamiento de la región frontal en detrimento de la región maxilar.

El trabajo del pensamiento, haciéndose más intenso cada vez, exige un aparato cada vez más perfeccionado.

En los comienzos de nuestra especie, en la remota época en que los primeros silabeos del lenguaje articulado diferenciaban a nuestros antecesores de los monos antropomorfos, sus precursores, no había necesidad de poseer un cerebro muy vasto ni muy afinado para elaborar ideas forzosamente limitadas a las funciones de conservación individual y de reproducción.

Pero más adelante, cuando los agrupamientos humanos hubieron esbozado una especie de defensa y aun de ataque contra las fuerzas circundantes, cuando la satisfacción de las primeras necesidades estuvo asegurada, el pensamiento comenzó a desasirse: el hombre animal tendió a abandonar el puesto a un tipo superior.

Las influencias antiguas, aun modificadas por el medio, se borran lentamente, y en nuestra época todavía, el tipo animal reaparece en ocasiones bruscamente en el hombre.

Sin hablar de las transformaciones del feto que, durante los nueve meses de la gestación, le hacen reproducir todas las formas de los animales sus antecesores -gusano, pez, renacuajo, cuadrúpedo-, prueba innegable de nuestro origen; sin hablar de las formas inferiores reproducidas en el nacimiento mismo por ciertos embriones cuyo desarrollo se ha detenido, no es raro ver hombres que se parecen moral y físicamente a cierto animal, aun no teniendo con él más que un grado de parentesco colateral.

¿Quién de nosotros no tuvo en su vida ocasión del ver al hombre-perro, de tipo y de carácter de *bulldog* y de perro de aguas, al hombre-lobo, de frente baja, de mejillas salientes, de ojos vidriosos, de instintos violentos, al hombre-zorro, de rostro alargado, al hombre-cordero, al hombre-león, al hombre-mono, tipo frecuente, sobre todo en las razas negras?

Sin decidir demasiado *a priori*, está permitido no obstante deducir que estos tipos, excepción en la actualidad, debían ser la regla en el pasado.

El hombre pensante no existía aún: sólo existía el hombre-animal, ligándose por sus caracteres físicos y morales no sólo al antropoide, antecesor directo, sino también a sus primeros hermanos los otros mamíferos.

Y lo que, aun en nuestros días, se puede ver ocasionalmente en individuos, ¿no se ve con más poder todavía en las muchedumbres?

¿Qué eran las multitudes de la antigüedad que un gesto, que la voz de un hombre, guerrero o profeta, ponía en movimiento, lanzaba contra otras multitudes, arrastraba hacia lejanos mundos imaginarios -Trova, Cartago, Roma el Santo Sepulcro-? ¿Qué eran entonces, cuando palmoteaban ante los mártires cristianos entregados a las fieras, como más adelante ante las hogueras de la Inquisición, aspirando el olor de la sangre y arrojándose feroces sobre el aislado o el pensador-hereje, hechicero, protestante, judío-? ¿Qué son en la actualidad, haciendo obra policíaca y viles ante el ser brutal que legalmente pega a *su* mujer o tortura a *sus* hijos (¡respeto de la propiedad!), caen ciento contra uno sobre el anarquista desarmado o el infeliz delincuente que huye?

¿Qué eran, qué son aún, sino jaurías y rebaños?

También resulta notable comprobar cómo individuos que parecían más o menos desprendidos de las brutalidades atávicas y que, tomados aisladamente, podrían parecer hombres razonables o poco menos, pueden, bajo la influencia de una masa, revestir caracteres regresivos; cómo, en una palabra, el hombre sensato puede, en un momento dado volver al mono, al perro o al lobo.

Lo mismo sucede con esos elementos químicos cuyas propiedades se modifican completamente al contacto de otros cuerpos.

Así es que sería un grande exceso de orgullo asegurar que el tipo humano existente hoy es el del hombre pensante.

Es verdad que este tipo tiene ahora representantes, si se quiere bastante numerosos, aunque minoría detenida a cada paso en su desarrollo por un estado social ingrato: la diferencia entre hombres como Proudhon, Darwin, Spencer, Reclus, Tolstoy, Edison y el salvaje carnicero de otro tiempo, el cual reaparece muchas veces ante nosotros, cubierto con el uniforme de generales, es bastante grande; pero entre el hombre-animal antiguo, que en la actualidad tiene muchos supervivientes, y el moderno hombre-pensante, sólo en estado de esbozo, se encuentra la gran masa que constituye el tipo de hoy: el hombre-máquina.

¡El hombre máquina!

Menos feroz que el antropófago de cráneo espeso, su antecesor, todavía no ha adquirido, sin embargo, con esa centella viva del pensamiento, la conciencia de su individualidad. En ocasiones hasta ha perdido, con la rudeza del salvaje o del bárbaro, el valor de querer o de obrar.

No es ya un animal feroz, pero no es un pensador: es un instrumento.

Aplastado por el pesado fardo de leyes, de instituciones y de usos, cogido en el engranaje de un mecanismo terrible, del Estado, que examina con un terror respetuoso, se torna a su vez una pieza de ese mecanismo; esclavo de la tradición, esclavo del medio, esclavo del qué dirán. El perro-lobo de otro tiempo se ha transformado en perro rendido que, cuando oye que sus semejantes dan vueltas en torno de él, aún tiene colmillos para morder al independiente aislado y débil.

Hasta cuando el pensamiento se esboza más o menos completamente en su cerebro, el hombre moderno permanece pasivo: sólo lentamente se desprende de un pasado cuyo peso le rinde aún.

Las costumbres están siempre más atrasadas que el espíritu, y tal demócrata de provincia que razona como un librepensador, va a misa porque no tiene valor para dejar de ir.

¡Cuántos miles, y tal vez cuántos millones de personas, piensan bajo lo que los anarquistas se atreven a decir en voz alta!

Ciertamente, tal hombre, que a la vez puede ser honrado, en el sentido burgués de la palabra, y monstruoso en el sentido humano -piénsese en el señor Prudhomme, su tipo inmortal- es en ocasiones, para los seres innovadores, más terrible que todas las fieras bípedas, contra las cuales puede combatir.

Estas fieras, animadas a veces por un relámpago de intuición, se transforman si llega el caso en sublimes rebeldes.

Lo cual ocurre en todas las épocas de las grandes conmociones.

El señor Prudhomme, por su parte, sufriendo dócilmente la autoridad, opina que todo el mundo debe aceptarla y obedecerla sin chistar.

Prudhommes burgueses, prudhommes obreros que quisieran ser los Prudhommes burgueses de mañana; ese es el tipo dominante; pero, por grande dicha, no es sino una mayoría, no la unanimidad de la sociedad, y las mayorías no fueron nunca, la historia lo demuestra, las que crearan el progreso social.

Al hombre-animal antiguo, al hombre-máquina de hoy, tiende a seguir el hombre pensante. Sus representantes existen ya, en verdad contrariados en su desarrollo por el medio que los oprime hasta ahogarles y con frecuencia condenarlos al aplastamiento mudo, si su afinamiento intelectual no recibe el refuerzo de su duro temple, o a una incesante lucha, si su temperamento los dispone a ello, lucha en la cual podrían dejar ternura, sensibilidad, escrúpulos, lo mejor de sí mismos.

Ocurre entonces que lo que era calidad se transforma en ellos en vicio: el valor en insensibilidad, la sutilidad en tunantería, la generosidad en ceguera, la previsión en egoísmo.

Los atrasados partidos de la fijeza de las especies, dogma que toda la habilidad del clerical Cuvier no ha podido sostener, declaran cómicamente infranqueables hasta en el curso de largos siglos los grados entre los diversos escalones del mundo animal. Les indigna que el hombre y el mono hayan podido tener antecesores comunes; sin embargo, la distancia entre la celebridad de un Darwin o la de un Spencer, calculando en su origen y en sus desarrollos el problema de la vida universal, y la de un pobre Boschiman, ¿incapaz de contar y de hallar palabras para expresar sus ideas, no es mayor que la que hay entre la cerebración del propio Boschiman y la de un chimpancé inteligente?

Y sin embargo, hombres como Darwin, Spencer, Reclus, Edison, siendo aún, y con mucho, la minoría, no son ya el milagro.

No están, como lo hubieran estado en las viejas edades, aislados en su época y en su raza; no son ya una decena de discípulos los que les escuchan, arrodillados y demasiado llenos de admiración para tratar de comprenderlos, sino que miles y tal vez centenares de millar de hombres -no nos atrevemos a decir millones- hablan su idioma, comulgan en la misma vida intelectual y no sólo comprenden sin arrodillarse, sino que discuten y con frecuencia completan o rectifican las ideas de aquellos a quienes la antigüedad tuvo por dioses sagrados... o crucificó.

CAPÍTULO III

El progreso general, digan lo que quieran algunos misoneístas, enemigos de toda innovación resulta innegable.

Se nos objeta con las civilizaciones antiguas de la China, de la India, del Egipto.

Pero si en la China, al parecer estacionaria, y que por otra parte apenas conocemos, la civilización, hace veinte siglos, lo cual es poco, parecía tan desarrollada como hoy, esta civilización bien debió tener un principio.

La imprenta, la cerámica, la sericultura y la brújula no surgieron espontáneamente, y si el choque de los conquistadores tártaros detuvo en algunos lugares el progreso de un pueblo industrioso y tímido, estos conquistadores se asimilaron conocimientos y artes que ignoraban completamente.

En lo que a la India respecta, apenas si se comienza a descubrirlas, y es natural que se introduzca alguna exageración en las descripciones que se hacen de su antiguo esplendor; este esplendor era en todo caso patrimonio exclusivo de los orgullosos bagaes, por bajo de los cuales un pueblo numerosísimo se moría de miseria en la servidumbre.

Esta civilización, en nuestros días explotada por amigos de lo maravilloso, no parece haber producido otra cosa que libros sagrados, de un valor filosófico discutible, en todo caso muy confuso, poemas religiosos, algunos como el *Ramayama* y *Mahabaratta*, muy bellos de colorido y de sentimiento, y edificios soberbios elevados por las manos esclavas a sus tiranos políticos y religiosos.

Lo cual no es suficiente para afirmar que el estado de espíritu de los que entonces habitaban la península gangética era superior al de los indios de hoy, impregnados de trozos de ideas accidentales.

La edad media tenía también sus soberbias catedrales góticas, sus novelas caballerescas, sus escuelas de filosofía, y sin embargo, excepción hecha de algunos retrógrados furibundos, ¿quién se atrevería a pretender que el nivel intelectual de entonces era superior al de hoy?

Que entre los brahmanes y los faquires, a quienes su sagrada holgazanería y la carencia de grandes necesidades en un país cálido y fértil daba ocios para la observación, algunos hayan llegado a producir notables fenómenos de sugestión y de catalepsia, explotados en seguida por la casta sacerdotal, y en los cuales divagan más o menos nuestros místicos de occidente, hecho es que no prueba que el pensamiento humano haya retrogradado desde la época de Valmiki.

En cuanto a la civilización egipcia, cuenta en su activo, esto es incontestable, la erección de las pirámides famosas.

Pero el que millones de esclavos penaran de generación en generación para arrancar a la tierra y elevar al cielo enormes moles de granito, hecho es que no establece tampoco la superioridad de los contemporáneos de Sesostris sobre nuestra humanidad contemporánea, por defectuosa que ésta sea aún.

Tal vez los sacerdotes y los Faraones ocultaban a los ojos profanos en sus palacios y en sus templos instrumentos a propósito para producir ciertos fenómenos de óptica, de acústica o de movilidad propios para sorprender a la gente ordinaria, pero, entonces, se encuentran en las capas de los terrenos prehistóricos, mezcladas con los fósiles humanos, mecanismos primitivos de algunos cientos de miles de años, pues ningún vestigio de imprenta, de caminos de hierro, de telégrafos y de teléfonos, o algo análogo, se nos ha aparecido hasta hoy en las rebuscas hechas en el país de la misteriosa Isis.

Las civilizaciones china, india y egipcia, que han dejado en la historia una impresión más o menos legendaria, porque rompían con el barbarismo reinante, porque fueron seguidas de retrocesos parciales y momentáneos, que contrastaban con su brillo, no quitan, pues, valor a la comprobación del progreso, que ha seguido cumpliéndose desde dicha fecha hasta ahora.

Las civilizaciones griega y romana, más próximas a nuestra época, y, por consiguiente, más fáciles de observar, y las de los republicanos italianos de la edad media nos muestran, junto a magnificencias incontestables y hasta artes secundarias olvidadas, un estado de espíritu inferior al espíritu moderno.

Los filósofos griegos, comprendido el comunista Platón, admitían la esclavitud y creían que la luna era tan grande como el Peloponeso; lo mismo que en Oriente, la miseria material y moral

de las masas circundantes, era lo que, por un efecto de contraste, realizaba el esplendor de civilizaciones completamente localizadas.

La característica de la civilización moderna es, por el contrario, su universalidad.

¡Civilización cruel, es cierto, que hace la luz y la dicha de unos con las tinieblas y las miserias de otros! ¡Civilización que cubre de perlas los hombros desnudos de las cortesanas y llena de lágrimas los ojos de las mujeres pobres! ¡Civilización, en fin, que perecerá -para transformarse bajo el choque de las masas hasta entonces siervas, que querrán a su vez saborear el pan de vida- que perecerá, porque no ha equilibrado el progreso social y moral con el progreso intelectual!

Mas no perecerá enteramente: aun cuando los proletarios, hambrientos de pan y de libertad aniquilen en la embriaguez de las primeras cóleras las artes cuyo goce no tenían, las ciencias que a menudo ayudaban a hacer de ellos bestias de carga, siempre habrá en algún sitio, en el Japón, en Austria, en el África del Sur, ingenieros que abran túneles, que establezcan comunicaciones entre pueblos, fisiólogos que interroguen a la vida humana, hasta poetas que canten después de la tormenta el despertar de la naturaleza.

Gracias a la imprenta, al telégrafo, a los caminos de hierro, que las más fogosas destrucciones no podrán aniquilar en todos los lugares en que existen; gracias a la universalización de los conocimientos, el obscurantismo, cuyas revueltas son todavía posibles parcialmente, no podrá prevalecer de una manera definitiva: el progreso continuará su marcha.

LO QUE PUEDE SER EL PORVENIR

CAPÍTULO I

Los profetas están bastante pasados de moda en nuestros tiempos; apenas si algunos retrógrados de lo más escéptico tratan de vez en cuando de suscitar un vidente a fin de que, heridos los espíritus, éstos puedan ser preparados para una reacción religiosa.

Es cierto que todo se encadena; el determinismo es universal y, si el cerebro humano pudiera abarcar *todo* el pasado, *todo* el presente, podría lógicamente deducir el porvenir.

Pero este acontecimiento universal de los hombres y de las cosas es imposible: a cada momento, tal hecho no previsto, imperceptible en su origen, viene a modificar los acontecimientos más lógicamente deducidos y a comunicarle un cariz muy diferente del que se esperaba verles tomar.

Por consiguiente, sólo en cierta medida y con mucha reserva puede conjeturarse el porvenir.

Para hacerlo, ante todo conviene sustituir en lo posible a las fantasías de la imaginación pura el estudio concienzudo de las humanas tendencias.

Tratemos de hacerlo y, si nuestras hipótesis parecieran a veces demasiado arriesgadas al lector, éste nos perdone: no tenemos en modo alguno la pretensión de vaticinar.

Lo que la humanidad persigue ante todo con tanta obstinación es la dicha.

Ahora bien, ¿qué es la dicha? ¿en qué consiste?

Para los miserables, aún muy numerosos en la tierra, la dicha es verse bien alimentado, vestido, abrigado, satisfacer en una palabra las necesidades más imperiosas.

He ahí una tendencia que, acelerada por los progresos del maquinismo, la evolución del comercio y de la industria y la concentración de los capitales, nos arrastra derechamente a una revolución económica cuya forma deberá variar con arreglo al genio y al temperamento de los diversos pueblos y su desigualdad de desarrollo moral y social.

Para los intelectuales -comprendemos bajo este título los místicos, neuróticos y pequeños maestros de la literatura decadente, por lo general sin alientos, que afrontan el feroz desprecio de la plebe y, después de algunos intentos extravagantes, acaban de ordinario por hacerse conservadores rabiosos- la mayor dicha consiste en ensanchar sus conocimientos, en adquirir nuevas impresiones, nuevas ideas, en saciar su sed de infinito, en extender, en una palabra, los dominios del humano espíritu.

Evidente es, sin embargo, que se ha de tener en cuenta el amor de lo maravilloso, de la neurosis y de la mala fe, que puedan no solamente retardar la marcha de la ciencia, sino también hacerla sufrir eclipses momentáneos.

Por último, para unos y para otros, y aun para muchos otros, la lucha consiste también en la libertad, mirada bajo todos sus aspectos: libertad política, libertad económica, libertad social, libertad intelectual. Hablar, escribir, trabajar, pensar, amar, vivir como se desea, sin más límite que los mismos derechos reconocidos a otro, porque si bajo pretexto de independencia personal se esperara la del vecino habría desaparición de equilibrio, opresión y no ya libertad en todo el cuerpo social. Y es innegable que cuanto más se afina el ser humano, más imperiosa se torna en él la necesidad de autonomía; es un error presentar a los hombres primitivos como absolutamente independientes.

Ciertamente que no estaban presos, como el francés y el alemán modernos, en las redes de una burocracia chismosa, gobernados por los artículos de códigos que no conocen ni aun los encargados de aplicarlos; pero se hallaban sometidos al despotismo de los elementos, a los ataques incesantes de las fieras o de los hombres enemigos, a la más fuerte de todas las tiranías. Eran los esclavos no del comisario y el juez, sino del huracán, que destruía sus endeblas cabañas, de la inundación, que no hubieran podido prever y que acababa con sus cultivos, de la enfermedad, contra la cual no había entonces ni preparativos ni remedios, del animal carnívoros invulnerable para sus armas de piedra, del antropófago, del jefe de las terribles voluntades.

Para librarse de estas servidumbres, y buscando contra ellas garantías, es como el hombre llegó más comúnmente a procurarse una organización social que no tardó en desarrollarse a expensas de su propia individualidad.

Pero, siempre que la opresión llegaba a hacerse demasiado fuerte, la imperecedera necesidad de ser libre se despertaba en el corazón de los sometidos.

Bienestar, ciencia, libertad: tales son, pues, las tendencias que en todo tiempo arrastraran a la humanidad y que la arrastraran muchísimo más aún en estos momentos, en los cuales una revolución económica sin precedente se ha producido y sigue produciéndose, en los que un trabajo inmenso tiene lugar en los espíritus.

La necesidad de bienestar no puede ser satisfecha sino por una completa revolución económica que, expropiando a los acaparadores del suelo de los principales útiles y de los capitales productivos, haga de ese suelo, de esas herramientas y de esos capitales (sin comprender el dinero, cuyo papel cesaría), una propiedad social, indivisible.

¿Hasta dónde llegará ese movimiento comunista, al menos en la próxima revolución?

He aquí lo que es imposible presagiar. Sin duda que las costumbres propietarias en los que poseen, la tendencia al acaparamiento en los otros, la rutina, la ignorancia, las intrigas o la violenta pasión de los interesados, así como las complicaciones exteriores pueden, una vez pasada la primera furia, llevar a los proletarios recientemente emancipados a un estado intermedio entre la forma proletaria de hoy y el comunismo, dejando al período siguiente reanudar por otro lado la marcha hacia el fin en parte alcanzado.

Tal es ordinariamente, aparte de esto, el sentimiento general de las revoluciones.

La abolición de la herencia y de la renta, la reducción del dinero (si subsistiera aún por cierto tiempo) a un simple papel de valor de cambio no reproductor, la sustitución de las sociedades patronales por asociaciones de trabajadores poseedores en común de las herramientas y las materias primas, tal vez también, en ciertos países de espíritu metódico y autoritario, la sustitución por algún tiempo de los ejércitos militares por ejércitos industriales (innovación entrevista por Bellamy y poco deseable); tales son las transformaciones económicas principales que los más timoratos pueden entrever como llamadas a surgir de una revolución que, en sus fases, podrá saltar hasta el comunismo anarquista.

Desde el punto de vista político, la forma republicana parece destinada a reemplazar a la forma monárquica en Italia, en España, en Portugal; su porvenir en Bélgica puede ser precipitado por los progresos de la democracia francesa.

Pero mientras la evolución moral y social de las masas no sea un hecho cumplido, será más bien una sustitución de etiqueta que una sustitución de régimen.

En Inglaterra, en Alemania y sobre todo en Austria-Hungría, la monarquía parece destinada a prolongarse hasta que una fuerte sacudida exterior venga a dislocar la máquina gubernamental.

Por último, en Rusia y en Turquía, el constitucionalismo es el que parece destinado, de aquí a veinte años, a suceder al odioso régimen autocrático.

En cuanto al Japón, cuya modernización se ha efectuado de modo tan prodigioso, con sus consecuencias buenas y malas, tal vez dentro de poco haya superado a la vieja Europa.

La conquista del África que, desde hace un cuarto de siglo, se prosigue con una rapidez devoradora, ocasionará la sustitución desde el punto de vista político, de la vieja autocracia de los reyes negros por las instituciones democráticas o constitucionales, y, desde el punto de vista económico, desposeerá brutalmente a los indígenas, les arrancará de sus campos y de sus bosques para de ellos hacer ganado de fábrica, hasta que un día, del exceso de opresión resulte la rebelión y la emancipación.

La democracia social, que inspira más confianza, ya que las *garquías* -gobierno de un hombre o gobierno de muchos- son más o menos malas, parece, pues, tener un porvenir inmediato en la mayor parte del mundo.

Sin embargo, las modificaciones de régimen y aun de mecanismo serían bien insuficientes si no fueran acompañadas de un cambio de espíritu de los individuos. Según la palabra de la Iglesia misma, es menester «dar muerte al hombre viejo».

Y dar muerte al hombre viejo no es, como la Iglesia lo entendía, hacer renunciar a la personalidad, caer de rodillas, adorar lo absurdo, sino, por el contrario, tener conciencia de su ser, negarse a reconocer señor, atreverse a hacer lo que se cree, poner en práctica lo que se dice.

Esta revolución moral se anuncia; hace más que anunciarse: se cumple parcialmente de día en día.

El matrimonio civil era considerado en otro tiempo como una audacia espantosa: hoy, mujeres instruidas, respetables, pertenecientes algunas a las clases privilegiadas, proclaman para sus hermanas el derecho de no ser el objeto sin voluntad que su familia vende por dinero.

La libertad de las uniones, la libertad de los sentimientos y del amor, se tornan la reivindicación de un gran número en el seno mismo de una sociedad que comprime toda expansión, todo impulso; lo que estaba oculto o tasado de debilidad en las personas privilegiadas, de vergüenza en las desheredadas, es hoy reivindicado atrevidamente, en teoría por los unos, en práctica por los otros.

¿Cómo, pues, dudar que en cuanto hayan desaparecido las fuerzas de esa hora que pesan sobre el individuo: la tiranía del oro, la del dogma, la de la ley, un nuevo espíritu vendrá a mover y a vivificar la humanidad regeneradora?

Sin caer en el sueño, se puede entrar en el tiempo en que los pueblos se habrán acercado primero por afinidades de raza, lengua y genio, luego, continuando la evolución, por conciencia del papel a que puede y debe aspirar nuestra humanidad unificada.

¿Qué ha sido actualmente, en Italia y en Grecia, de las antiguas rivalidades de las ciudades, y en Francia y en España de las de las provincias?

Y, cuando un pobre animal humano, de cerebro sumido en tinieblas, exclama ante nosotros: «¡Soy bretón; abajo los auverneses! ¡Soy normando, mueran los loreneses!» fenómeno que se produce en algunas ocasiones, ¿no experimentamos, por el estupor y las nauseas que nos procura, los sentimientos que harían nacer más adelante odiosos gritos de muerte proferidos contra el hambre nacido en Alemania, en Rusia o en China?

CAPÍTULO II

Henos en el porvenir: la revolución económica ha transformado, con el régimen industrial, el aspecto de las ciudades.

No más presidios patronales con chimeneas humeantes, con emanaciones pestilentes que envenenan todo un barrio, presidios que devuelven a la calle, cuando suena el campaneó de libertad, toda una población de miserables delgaduchos y enfermizos.

En lugar de esos antros en los cuales, a fines del siglo diecinueve, zumbaban chirriando las máquinas gigantes y disformes, devoradoras de vidas humanas, que la aspereza capitalista no reemplaza hasta el último instante por útiles menos homicidas, se alza ahora el taller

saneado, propiedad común de los obreros libertados y en el cual el trabajo se ha hecho gimnasia útil para los adultos, estudio práctico para los jóvenes.

El obrero no es, después de todo, un animal sometido a las exigencias terribles de ese ogro ciego que se conoce con el nombre de máquina: el perfeccionamiento de los útiles le ha transformado de mecanismo en calculador, ha tomado su revancha, y él es quien guía, revisa y manda a la máquina en lo sucesivo.

El trabajo repugnante y el trabajo penoso han desaparecido o poco menos; el trabajo manual está reducido al mínimo necesario o agradable, porque el ejercicio muscular es a la vez una necesidad y una distracción.

Gracias a las incesantes aplicaciones de una ciencia que progresa constantemente, algunas horas de trabajo cada día, por cada hombre, bastan ampliamente para asegurar la producción social; el resto del tiempo es empleado en leer, escribir, conversar, hacer música, pintura, dibujo; el lugar de envenenamiento y de embrutecimiento por medio del alcohol ha desaparecido, puesto que no es necesario ya sobrecargar el cuerpo para soportar un trabajo aplastante y olvidar los dolores en las caricias pérfidas del hada verde.

Ha desaparecido de igual modo el lupanar en que infelices seres soportaban y prodigaban caricias ajustadas.

¡Qué desastre para el digno Sr. Prudhomme, quien opina que su hijo debe «echar los malos humores» y que los hijos del pueblo no tienen más destino que ser carne de trabajo o carne de placer!

El juego habrá sin duda sobrevivido, porque responde a una necesidad de aquietamiento del hombre como del niño, pero habrá verosímilmente perdido todo carácter sórdido o cruel; pequeños inconscientes, armados de sables de madera y de chillonas trompetas, ya no se deleitarán imitando a los destripadores de profesión; impulsados al trabajo libre, los juegos y los ejercicios saludables que desarrollen la fuerza serán los más en boga, y alternarán con los que desarrollen las facultades de reflexión y combinación.

¿Y la mujer?

La mujer ha cesado de ser el ave de brillante plumaje, de cabeza vacía, la bestia de carga, esclava del delantal y de la escoba que fuera tanto tiempo.

Se ocupa ciertamente de todo lo que antes hacía, pero los trabajos ligeros, artísticos, a los cuales se entrega y que valen mucho más que los pasatiempos fútiles de tocador y que los chismes burgueses, no deforman sus miembros, no dañan su pecho.

Es, con arreglo a su vocación, bordadora, música, ornamentista, maestra de niñas; a cierta edad y según sus aptitudes, toma parte en ciertos servicios sociales: higiene, instrucción, etc. Y si no es la muñeca estúpida del siglo diecinueve, el sentimiento del gusto, de lo bello, de lo higiénico, la hacen siempre seductora.

El prejuicio celoso, chismorreo, despiadado, de posesión sexual se atenúa más cada vez, camina a su completa desaparición; pero el amor no ha sido abolido; no está sino libertado de sus cadenas.

Su abuela hablaba mal de la señorita de tal, criticaba los tocados de la vecina, hería con los golpes de su lengua aguda y pérfida como un puñal a las amigas ausentes, lo ignoraba todo

excepto un poco de catecismo y, en la burguesía, de música clásica; en las hijas del pueblo de romanzas sentimentales y necias.

Ésta, la emancipada del siglo veinte, vive la vida del pensamiento, es artista; la ciencia, no ya seca, sino profunda y sin límites, en lugar de herir su imaginación, su sensibilidad, su necesidad de poesía, le abre campo inmenso; la exploración del mundo aún desconocido, de lo invisible, del aire, de las profundidades oceánicas, de los mundos planetarios, ha reemplazado para la mujer joven y bella a las futilidades de la moda.

La curiosidad, tan reprochada hasta aquí a las hijas de Eva, se ha hecho un estimulante de los descubrimientos. ¡Cuántas van a suspenderse a los nuevos instrumentos de óptica a los aparatos ulteriores de la época del telégrafo y del teléfono, para proseguir la exploración de las «tierras del cielo» y verse retratadas en la superficie de Marte, Venus o Mercurio, en las figuras de hermanos y hermanas!

Porque es verosímil suponer que, después de la exploración de nuestro globo y de su toma de posesión por una humanidad consciente perfecta, las investigaciones se dirigirían a los mundos vecinos con un ardor tanto mayor cuanto que los progresos de la astronomía, de la óptica y el análisis espectral nos lo habrán ya dejado en gran parte reconocer.

No está lejos el día en que la luna se nos ofrecerá tan próxima como París lo está de Versalles. ¡Con qué ardor no se tratará de registrar no ya el cadáver de un globo extinto como lo es Selenea, sino la extensión de un planeta vivo, que todas las conjeturas presentan como nuestro hermano mayor en desarrollo y civilización!

La astronomía, esa ciencia tan tranquila y tan poderosa, será tal vez, en la época futura de que hablamos, una de las más cultivadas. Su influencia ha sido siempre bienhechora, moralizadora; ella es la que arrancó la humanidad llorosa a las groseras brutalidades del fetichismo, la que insufló en su espíritu un germen de poesía, de elevación, de investigación.

Los impostores sacerdotales que intentaron servirse de ella para sus fines egoístas no pudieron rebajarla y se vieron obligados a acapararla para su casta, como en Egipto, o a proscribirla, como en la Europa católica.

Abriendo al hombre horizontes infinitos, ¡cuánto le eleva por encima de las estúpidas rivalidades de pueblos!

¿Qué vienen a ser las diferencias entre franceses y alemanes para quien, nuevo Colón, explora los espacios azulados y descubre en ellos continentes, mares, sospechando en ellos humanidades conscientes llamadas sin duda a entenderse un día con nosotros a la distancia de millones de leguas?

«¡Poesía!», suelen responder, cuando se les habla de estas cosas, personas a las cuales no se puede ciertamente reprochar el ser poetas.

Como si no fuera preciso distinguir el aristócrata de la forma únicamente preocupado del sonido de las sílabas -música que, por otra parte, puede tener su encanto-, del que se dice que todo es posible, que lo desconocido suele ser sentido intuitivamente aun al través de las formas imprecisas antes de ser establecido de un modo matemático por los hombres calculadores.

Esta poesía, la verdadera, ha precedido a la ciencia pura, como la sensación precede al razonamiento: le ha sido en igual medida indispensable.

Pueden también entreverse los inmensos cambios exteriores llamados a surgir.

Las ciudades no son ya esos hornos en que por centenas de millar y hoy a millones se amontonan los seres humanos; acabó la casa de seis pisos de Europa, la de quince y veinte de América; esa aglomeración malsana de personas que hacinaba a las unas sobre las otras ha desaparecido. En extensión y no en altura se desarrollan actualmente las ciudades.

La higiene ha recuperado sus derechos; a las callejuelas estrechas, verdaderos focos de infección, han sucedido anchas avenidas con altos árboles; abundan los «squares», los parques, los jardines. Y por otra parte, todas las comarcas aún incultas, desiertas, se descuajan, se pueblan; ¡no más estepas, lagunas y pantanos! La actividad humana ha entrado en todas partes, ha tomado entera posesión del globo. La ciudad y el campo se confunden, la vegetación y el cultivo cortan los barrios de las ciudades, los sanean y, salpicando sus tonos verdes, alegran su aspecto.

La navegación aérea y la navegación submarina, no obstante las inevitables catástrofes de sus comienzos, que no han desanimado sino a los rutinarios, hacen la competencia a los vehículos perfeccionados, más elegantes y más cómodos que los ciclos y automóviles actuales. Así es que el caballo, muy poco empleado en el consumo, porque el vegetarianismo y más aún la química culinaria hacen progresos, va pronto a tornarse un ser legendario. Sin embargo, para conservar el recuerdo de los servicios que ha prestado, y sobre todo para embellecer la forma demasiado mecánica de sus vehículos, los hombres han figurado su cabeza y la de los otros muchos animales reales o fantásticos en la delantera de sus vehículos.

La moda continúa variando, porque el gusto, la fantasía y aun la coquetería son cosas que no se extirpan en el corazón humano.

¿Se ha de lamentar esto y, poniéndose del lado de los rigoristas, buenas gentes que harían perecer de aburrimiento a una humanidad ya bastante probada, se ha de criticar con toda dureza a los que conceden un valor a la armonía de las formas y de los colores?

¿El mundo de la levita negra y del sombrero de copa alta vale más, oculta menos comedias y embustes que un mundo en el cual, sin miedo al ridículo, cada cual se vistiera a su guisa?

Sin tratar de entrever, lo que sería imposible y bastante poco interesante, las futuras variaciones de la moda, está permitido profetizar que le ciclismo, más que ninguna otra cosa, habrá contribuido a producir una revolución necesaria en el traje femenino.

Los largos velos, los vestidos de colas acumuladoras de microbios y que no dejaban andar con toda libertad, eran como el símbolo de esa inmovilidad social y moral en la cual la tiranía masculina entorpecía a la mujer. En China, se le mutilaba los pulgares de los pies para impedir que saliera; en el mundo occidental, se le aprisionaba en sus faldas con el mismo objeto.

CAPÍTULO III

¿La mujer libre?

Muchos, rutinarios o egoístas, se indignan, gritando que es un escándalo, declaran que la mujer no será otra cosa que un híbrido en cuanto pueda pensar, ir, venir, amar, vestirse a su antojo. A pesar de sus púdicas afectaciones, quisieran ver la abyecta cortesana y no el ser razonador.

Sin embargo, podría demostrárseles que, en el movimiento humano actual, el primer lugar pertenece incontestablemente a los pueblos en los cuales las costumbres y las instituciones permiten que la mujer sea otra cosa que una esclava.

¿Qué diferencia no hay en este sentido entre la norteamericana o la inglesa y la turca?

Es de presumir que el desenvolvimiento intelectual y social de la mujer llegue a disminuir sus capacidades generadoras.

En zoología, vemos que la fecundidad de las especies disminuye conforme se elevan en la escala de los seres. El zoófito y el pez se reproducen por centenas de millar, algunos por millones; en la clase más elevada, la de los mamíferos, la fecundidad está en razón inversa del desenvolvimiento cerebral: la hembra del perro, del gato, del caballo, del mono, es estéril si se le compara con la del ratón o la del conejo.

En el género humano, tal como actualmente existe, cierto antagonismo es ejercido entre las funciones cerebrales y las funciones genésicas: los hombres de ciencia, cuya vitalidad toda se concentra en el encéfalo, son, salvo excepciones, medianos enamorados; los atletas, buscados por las insatisfechas mundanas, son generalmente medianos razonadores.

¿Cabe desolarse al pensar que la emancipación de la mujer debe traer consigo, más pronto o más tarde, una disminución en el número de nacimientos?

Creemos que no.

Desde que Malthus empezara a escribir, ¿no vienen los burgueses haciendo escuchar el grito de alarma, declarando que pronto no habrá sitio en el mundo para todos (para los pobres principalmente); que el número de nacimientos crece en proporción geométrica; que, por consiguiente, un día llegará en que la raza humana, demasiado numerosa, no tenga bastantes alimentos para sustentarse?

Pues bien, que no se lamenten; todas las hipótesis, basadas en la biología, desmienten sus temores: la humanidad se desarrollará en calidad más que en cantidad y habrá lo suficiente para vivir todos.

¡Bienestar! ¡Libertad!

Tal sigue siendo el doble objetivo hacia el cual, probada y sangrienta, se dirige nuestra raza, el objetivo que los clarividentes distinguen por encima de las nubes, que los mártires aclaman estoicos, sobre el cadalso o en las profundidades de los calabozos; el objetivo hacia el cual rueda como un trueno la avalancha de las masas, inconscientes, es posible, pero reclamando con grandes gritos la vida, la luz. ¡Ciego el que no lo vea, sordo quien no lo oiga!